

no es responsable el héroe sueco: tal vez él fué el único que se mostró humano en aquella lucha de bárbaros y salvajes. Cuando está desencadenada la fuerza, son inevitables los excesos. Había un medio de prevenir la guerra de los treinta años y de evitar á la Alemania la ruina y la vergüenza, y era luchar, cuando aún era tiempo, por la causa de la Reforma, asegurarla por medios pacíficos, ó si era preciso por la guerra, uniendo las fuerzas de los protestantes contra la invasion del catolicismo. En lugar de esto, los protestantes de Alemania se desgarraron por divisiones intestinas, y emplearon su energía en disputas teológicas. Sin embargo, la Reforma, que comprometían por su ceguedad y su inercia, debía triunfar, puesto que en los designios de Dios era un paso hacia la religion del porvenir. No pudiendo vencer por los caminos regulares de un progreso continuo, fueron precisas revoluciones y guerras para asegurar su triunfo. ¿A quién debe acusarse de los males que necesariamente acompañan á estas violentas conmociones? Si hay culpables, lo son los que hubieran podido prevenir las revoluciones, no los que las hacen.

§ III.—El catolicismo y la guerra de los treinta años.

La guerra de los treinta años salvó á la Reforma en Alemania y en toda la cristiandad; por esto mismo detuvo la reaccion católica. Hay historiadores que niegan que la sangrienta lucha del siglo xvii haya sido religiosa; esto es negar la luz del sol. ¿No es en nombre de la religion como empezaron las hostilidades? Los contemporáneos no pensaban en negarlo (1), pero como sucede siempre, cada uno de los dos partidos trataba de hacer al otro responsable de las desgracias de la guerra. La intolerancia de la casa de Austria, decían los protestantes, es quien llevó la Bohe-

(1) El *Theatrum Europaeum* (t. I, p. 3) dice que la guerra de los treinta años fué una guerra de religion.

mia á la insurreccion (1). La herejía es, dice el cardenal *Caraffa*, quien encendió la revolucion (2). Religiosa en su principio, la lucha siguió siendo religiosa hasta el fin, por más que se hayan mezclado intereses políticos con la religion, y aún muchas veces la hayan dominado. La guerra de los treinta años es el combate supremo del protestantismo y del catolicismo. En el siglo xvi el Papa le atacó por medio de las armas en Francia, en Inglaterra, en los Países Bajos; en todas partes el protestantismo fué vencedor. Para destruirlo, el Pontificado trató de ahogarlo en su cuna.

Hemos seguido el movimiento de la reaccion católica en Alemania; hemos visto que Fernando II negó que tuviese el proyecto de destruir la Reforma, pero el discípulo ciego de los jesuitas no podía tener otros designios que los de sus maestros; ahora bien, el partido ultramontano queria un combate á muerte; hé aquí por qué, como diremos más adelante, se opuso á todas las tentativas de pacificacion. El fanatismo de aquellos hombres era tal, que los horrores de una lucha que espantó á la posteridad les parecían una bendicion divina. No exageramos: oigamos al cardenal-legado *Caraffa*. Despues de las primeras victorias de la casa de Austria, escribió que la guerra era un instrumento en manos de Dios para restablecer el catolicismo: «Jamás, dice, las poblaciones de la Bohemia hubieran vuelto á la fe, si por un admirable designio de la Providencia, no se hubiesen sublevado; la sublevacion dió al emperador la victoria y la ocasion de restaurar la verdadera religion» (3). Fernando fué en esta ocasion, como en todas, de la opinion de los jesuitas que dirigian ó más bien cegaban su conciencia (4). «Dios mismo, dice, ha conducido á los

(1) Declaracion de los Estados de Silesia de 12 de Octubre de 1618: «*Dass die in Böhmen entstandene Unruhe aus nichts anders als aus der Religion herrühre.*» (KHEVENHILLER, t. IX, p. 175.)

(2) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 3.

(3) CARAFFA, *Germania sacra*, p. 283.

(4) En 1618 un jesuita de Passau escribió al reverendo Lamormain: «*Deus det nostris principibus bonum animum. Nunquam erat major occasio eripiendi Bohemis omnia privilegia, quæ sunt in detrimentum religionis, Literas Majestatis, et recuperandi templa.*» (*Theatrum Europaeum*, t. I, p. 43.)

Bohemios á sublevarse para proporcionarme el derecho y los medios de destruir la herejía» (1). Hasta se ha acusado á los jesuitas de haber excitado las turbulencias de la Bohemia, á fin de tener un pretexto para tratar con rigor al protestantismo. Tal vez se los favorece suponiéndoles demasiada prevision; lo cierto es que los católicos se aficionaron á las insurrecciones, desde la derrota de los Bohemios. El embajador de España aconsejó á Fernando que provocase una revolucion en Hungría, á fin de acabar allí con el protestantismo, como habia hecho en Bohemia (2). Bethlem Gabor anuló los cálculos de esta honrada política.

Tales eran los designios, tales las esperanzas de los católicos desde las primeras victorias del *invencible* Fernando (3). Al final de una lucha furiosa de treinta años, la paz de Westfalia desarmó á los combatientes, pero en lugar de la victoria del catolicismo, consagró su derrota. En vano sería el negarlo. ¿Cual fué el fin constante del Pontificado desde que la revolucion del siglo XVI rompió la unidad cristiana? Fundándose en la fuerza, en el poder de la casa de Austria y en el genio de los jesuitas, trató de restablecer la unidad. ¿Y á qué condujeron sus heroicos esfuerzos? Al tratado de Munster, que mantuvo y legalizó la division. Esto quiere decir que Roma está vencida, porque el principio de su existencia es la dominacion universal, exclusiva de la Iglesia católica. El poder irresistible de los hechos le obliga á renunciar á esta soberbia ambicion. Hay, indudablemente, todavía fanáticos que sueñan con el imperio del mundo para el catolicismo, pero no hay para qué ocuparse de soñadores; los hombres de buen juicio confiesan que la paz de Westfalia puso fin para siempre á la unidad cristiana. La disolucion no se limitó á aquella parte de la

(1) KHEVENHILLER, *Annales*, t. IX, p. 78.

(2) HORMAYR, *Taschenbuch*, 1836, p. 286: «Gubernatores, quibus poterunt technis, eos circumveniant, pœnis excogitatis delinquentes afficiant, et inauditis modis exagitant; sic gens hæc jugi impatientissima, necessario seditionem aliquam excogitare debet, et contra gubernatores insurgere; quo pacto, inaudita causa, tanquam contra violatores majestatis procedendo, vicina implorabunt auxilia et ex voto succedet negotium nostrum.»

(3) La victoria de Praga fué celebrada como «la victoria de la Iglesia católica contra los enemigos de la fe.» (*Oratio eucharistica de gloriosa et salutari Ferdinandi II victoria, habita a Schulckenio, protonotario apostolico.*)

cristiandad que sacudió el yugo de Roma; hasta en el mundo católico, el principio de la unidad de la Edad Media fué sustituido por un principio nuevo, el de las nacionalidades. Ahora bien, las nacionalidades y el Pontificado son inconciliables, porque son dos soberanías rivales; si las naciones triunfan, es una señal de que el Pontificado desaparece.

La decadencia, mejor dicho, la nulidad del Pontificado queda determinada de un modo auténtico por el tratado de Westfalia y las deliberaciones que le precedieron. Un papa á quien, la Iglesia venera como santo, condenó todo convenio con los herejes, y el Pontificado ha profesado constantemente esta orgullosa intolerancia. Cuando en 1636 se inauguraron las conferencias de Colonia para pacificar la Alemania, Urbano VIII dió á su nuncio instrucciones que equivalian á una negativa de negociacion; nada de concesion para el Palatinado, ni para los bienes eclesiásticos; nada de paz con los Holandeses; nada de tratado con los Suecos. Al emperador apremiado por la Suecia, los príncipes protestantes y la Francia, responde el papa que debe confiar en la gracia divina (1). Cuando la casa de Austria se vió obligada á consentir la paz, el nuncio del papa hizo cuanto pudo para impedir las negociaciones, y protestó de antemano contra el futuro tratado (2). ¿Qué caso se hizo de aquellas protestas? El mundo católico, sordo á la voz de su jefe, firmó una paz solemne entre el protestantismo y el catolicismo, y esta paz fué la base de la sociedad europea. Las potencias católicas sabian que el papa no aceptaria el tratado, pero esta impotente oposicion no las detuvo ni un momento; declararon que nada tenian que ver con ello (3). Reflexiónese por un momento sobre la gravedad de esta decision. El papa declara

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 565.

(2) En la bula por la que el Papa protesta contra la paz de Westfalia (26 de Noviembre de 1648) se lee: «*Quamvis nuncius noster fuerit palam nostro nomine protestatus, ejusmodi articulos esse irritos, nullos, ac notissimi juris sit, quamcumque transactionem seu pactionem in rebus ecclesiasticis sine præfata Sedis auctoritate factam nullam, nulliusque roboris et momenti existere....*»

(3) «*Non attenda cujusvis seu ecclesiastici seu politici, intra vel extra imperium quocumque tempore interposita contradictione vel protestatione, que omnes inanes et nihil vigore horum declarantur.*» (*Instrumentum Pacis Osnabruensis*, art. v, § 1.)

nulos y de ningun efecto los convenios que pudieran hacerse sin su consentimiento, y todas las potencias firman la paz, como si el papa no hubiese hablado. ¡Hé aquí el caso que el mundo católico hace del vicario infalible de Dios!

El tratado que las potencias católicas hicieron, con menosprecio de la autoridad de la Santa Sede, inaugura una era nueva en la historia de la humanidad: es el fin de la Edad Media y de todo el orden religioso que le es inherente. Antes del siglo XVI, la sociedad católica se fundaba en la unidad más absoluta; en cuanto se manifestaba la herejía era perseguida por el hierro y el fuego, como un crimen de lesa majestad divina. Después de la Reforma, los papas quisieron también que los príncipes católicos hiciesen á los protestantes una guerra de exterminio; predicaron incesantemente que la sociedad no podría subsistir si la herejía era reconocida al lado de la fe verdadera, fuera de la que no hay salvación. Lo que el Pontificado declaró imposible se realizó en Münster, por mano de los campeones mismos de la Santa Sede. La paz de Westfalia estableció una completa igualdad entre el protestantismo y el catolicismo: para servirnos del lenguaje pontificio, la concubina fué colocada al lado de la esposa legítima (1). Había una secta que era todavía más detestada que los luteranos por los ortodoxos; el tratado concedió á los calvinistas los mismos derechos que á los protestantes. Roma ha censurado siempre y censura todavía hoy la libertad religiosa como un crimen; el tratado de Westfalia consagró esta libertad. Verdad es que más bien era en favor de los príncipes que de los súbditos; sin embargo, el poder de reforma de los soberanos no fué ya absoluto; se respetaron al menos en una cierta medida los derechos de la conciencia (2).

Se realiza, pues, la abominación de la desolación: ¡los hijos de las tinieblas, igualados á los hijos de la luz! El tratado de Westfalia abrió también á la Iglesia otra llaga muy sensible; la despojó en beneficio de los partidos beligerantes, aún de los protestantes! En el derecho de la Edad Media, la enajenación de los bienes eclesiásticos, sin la autorización del papa, era considerada

(1) *Instrumentum pacis Osnabruensis* (art. V, § 1).
 (2) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 201 y sig.

como un sacrilegio. Y en el siglo XVII se dispuso de principados eclesiásticos, sin siquiera ocuparse de la voluntad del Santo padre! «Los príncipes, decían los católicos, juegan con las iglesias y con los conventos, por divertirse, como los niños con las nueces y las tabas» (1). En verdad, el papa tenía razón en protestar; su protesta nos dirá si es cierto que el Pontificado salió victorioso de la lucha suprema del catolicismo y del protestantismo: «La libertad religiosa garantida á los herejes; los bienes de la Iglesia abandonados á los que han desgarrado el seno de su madre; las abadías y los obispados secularizados; los derechos de la corte de Roma anulados en los territorios ocupados por los protestantes; un octavo electorado instituido para un príncipe calvinista; tales son las concesiones que la paz de Münster hace á la herejía en perjuicio de la verdadera fe, sin hablar, dice el papa, además de otros varios daños que da vergüenza referir.»

Aun sucumbiendo, el Vicario de Dios se negó á ceder; en el momento en que el mundo cristiano proclamaba su caída, quiso hacer un acto de soberanía. El papa anuló el tratado de Westfalia: «El tratado es nulo de derecho, dice, puesto que dispone de cosas eclesiásticas sin el consentimiento de la Santa Sede; por consiguiente, no obliga á nadie, aún cuando haya sido confirmado por juramento; sin embargo, para más precaución, queremos casarlo y anularlo, en virtud de la plenitud de nuestro poder» (2). Hé aquí un lenguaje arrogante; pero este signo de poder es el testimonio más irrecusable de la impotencia del Pontificado. ¿Se preocupa la sociedad europea por la anulación de un tratado que le da la paz y que va á ser la base de su constitución política? El tratado anulado recibe su ejecución, lo mismo que si el soberano pontífice lo hubiera aprobado. Quedábale todavía una última humillación que sufrir al Pontificado: Fernando III, el protector de la Iglesia, prohibió la publicación de la bula pontificia, é hizo prender al librero que la había impreso! (3).

¿Cuál es el sentido de aquellas negociaciones religiosas que se

(1) ADAMI, *Historia Pacis Osnabruensis*, c. 26.
 (2) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. III, § 12, nota 23.
 (3) A. MENZEL, *Geschichte der Deutschen*, t. VIII, p. 244.

celebran á pesar del papa y que se consuman á su pesar? Un sabio historiador responde que no debe deducirse de aquí que las ideas religiosas hayan perdido su poder (1). Esto es no tener en cuenta el lugar que el Pontificado ocupa en la religion católica. El papa es el Vicario de Cristo, el órgano del Espíritu Santo; los teólogos lo comparan con Dios. Si la sociedad católica no escucha ya á este jefe divino, es que ha dejado de ser católica, católica al ménos tal cual lo era en la Edad Media. En la Edad Media, la Europa se precipitó sobre el Asia á la voz de los soberanos pontífices; en la Edad Media no se celebraba un tratado sin que el papa fuese llamado á consagrarlo. En el siglo XVII, la guerra más desastrosa de que la Historia conserva memoria es tambien emprendida y continuada en nombre de la religion católica, pero al final de la lucha, el jefe de la Iglesia no tiene autoridad alguna. Se opondrá á que se entre en negociaciones con los herejes y no se le hace caso. Protesta contra el tratado, y lo declara nulo, inexistente, y su protesta no es tenida en cuenta. ¡Hé aquí una señal de los tiempos! La guerra, empezada á nombre de la religion, acabó por la indiferencia religiosa; al ménos en el sentido de que la religion que gobernaba la sociedad en la Edad Media dejó de influir en las relaciones políticas, á partir de la paz de Westfalia.

La decadencia del espíritu religioso, ó por mejor decir, del cristianismo tradicional, no data del día en que fué firmada la paz de Westfalia; el tratado no hizo más que revelar un hecho que se habia realizado en la conciencia general. Los hombres políticos niegan que la guerra de treinta años era una guerra religiosa (2). Esta es una exageracion que el tratado mismo contradice, puesto que es semi-religioso. Sin embargo, hay un hecho cierto, que la guerra del siglo XVII es bastante más política que las del XVI; por tanto, la paz de Westfalia ha resultado ser la base de la constitucion europea durante siglo y medio. Los intereses políticos triunfan sobre los intereses religiosos; es decir, que la sociedad de-

(1) RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. III, p. 571.

(2) FEDERICO II, *Memorias sobre el Brnadenburgo*, Discurso preliminar dice que la religion sirvió de pretexto á los dos partidos.—C. ANCILLON, *Cuadro político de la Europa*, t. II, p. 23.

ja de ser religiosa á la manera de la Edad Media; que la religion se transforma. Esto es tan cierto que al parecer la política domina por completo á las potencias que juegan un papel en la guerra de los treinta años.

En el siglo XVI la España era el brazo armado de la Iglesia: Felipe II se mostraba católico más celoso que el papa mismo. Durante la guerra de los treinta años, se vió, con grande escándalo de la corte de Roma (1), al rey de España aliarse con los protestantes contra el duque de Baviera, en favor del elector palatino, jefe del calvinismo alemán; hasta se vió al rey católico entablar relaciones con los hugonotes y pagarles subsidios, haciendo así, dice Richelieu, las Indias tributarias del infierno (2). En el siglo XVI, hubo una Liga católica que llevó el fanatismo hasta el furor, al paso que la Liga del XVII tenía intereses á los cuales el catolicismo era ajenq y aún hostil. La reaccion del Pontificado contra el protestantismo apoyándose en la casa de Austria, amenazaba dar á esta familia un poder que comprometia la independencia tanto de los príncipes católicos como de los príncipes protestantes. Hé aquí por qué la Liga católica se constituyó al lado del imperio; estaba destinada á garantizar tanto los derechos de los príncipes como los intereses de la religion; el duque de Baviera, que se hizo su jefe, tenía su ambicion temporal, por más que, cegado por su celo religioso, no obrase siempre como lo exigia su posicion enfrente del emperador.

Los príncipes que estaban al frente del partido protestante obedecian aún ménos que los del partido católico á pasiones religiosas. Gustavo Adolfo no es un sectario á la manera de Fernando II ó de Maximiliano de Baviera; es un genio conquistador de la familia de los Alejandros; su muerte prematura ha velado sus designios, pero ya se habian manifestado, y la Alemania temia hallar un señor en aquel que se habia anunciado como su libertador. En cuanto á la Francia, es inútil insistir sobre el carácter

(1) El cardenal Ludovisio, sobrino del Papa, escribió al nuncio en Madrid, que el gran celo del rey de España por la religion no era más que un pretexto con que encubria sus miras ambiciosas (KHEVENHILLER, *Annales*, ad a. 1623, t. X, p. 69).

(2) *Memorias de RICHELIEU*, en PETITOT, t. XI, p. 284.

de su intervencion; no se preocupaba ni del protestantismo ni del catolicismo; la ambicion era su única religion, dice *Grocio* (1). Cosa notable, y que prueba la revolucion que se habia verificado en las ideas; un cardenal dirigia aquella política, para la cual la religion no era más que un instrumento! El mundo católico vió, no sin sorpresa, á un príncipe de la Iglesia romana hacer alianza con una potencia protestante, la Holanda; dar una hija de Francia en matrimonio á un príncipe hereje, Carlos de Inglaterra; echar las tropas pontificias de la Valtelina; conceder subsidios á Gustavo Adolfo, el jefe del protestantismo; intervenir, en fin, él mismo en la lucha, coaligándose con los protestantes contra el emperador, el campeón del catolicismo. No hay en el cardenal Richelieu ni sombra de pasion religiosa. Sin embargo, no pasaba por incrédulo ó indiferente; habia sido, por el contrario, un obispo celoso y un ardiente polemista; pero el primer ministro olvidó que vestia la púrpura, para no pensar más que en el empequeñecimiento de la casa de Austria y en la grandeza de la Francia. Un historiador protestante dice que de todos los católicos, Richelieu es el que ha favorecido más al protestantismo (2); y á la verdad, despues de Gustavo Adolfo, á él es á quien la Reforma debe su salvacion. Por tanto, la Reforma fué salvada por un príncipe de la Iglesia!

Esto es ya bastante extraño y raya en lo escandaloso; la guerra de los treinta años presenció un espectáculo más escandaloso todavía, al Papa aliado de la Francia contra la casa de Austria. Antes de la reaccion del catolicismo contra la Reforma, empezada en tiempos de Pablo III, el Pontificado estaba completamente entregado á las intrigas de la política italiana. Cuando despues sostuvo, durante medio siglo, una lucha á muerte contra el protestantismo, los pequeños intereses del príncipe de Roma desaparecieron en el gigantesco duelo que comprendia á Francia, Inglaterra y Alemania. Pero aquellos largos combates dieron á la casa de Austria una preponderancia que inquietaba á las potencias católicas; sobre todo no dejaba á los Estados italianos ni sombra de

(1) GROTIUS, *Epist.* 1021.

(2) RANKE, *Französische Geschichte*, t. II, p. 509.

independencia. Si Fernando hubiese quedado vencedor, la libertad de los papas hubiera sido aniquilada, lo mismo que la soberanía de los príncipes. Poco importaba á Urbano VIII que las victorias del emperador aprovecharan al catolicismo; aquellos triunfos hacian del jefe de la casa de Austria un monarca universal, y amenazaban convertir al vicario de Dios en capellan. El papa debia temer la monarquía universal, no solamente como príncipe italiano, sino tambien como jefe de la Iglesia. Hé aquí como llegó á ser casi forzosamente el aliado de los protestantes. Los embajadores de Venecia aseguran que los nuncios favorecian todos los proyectos de Richelieu, hasta sus relaciones con los protestantes; dicen que el santo padre temia ménos los triunfos de los protestantes que los del Austria (1). El bastardo de Mansfeld se vanaglorió en un escrito público de que el soberano tomaba parte en pro de los calvinistas contra Fernando (2).

Se comprende que el mundo católico se haya indignado de ver al jefe de la Iglesia volverse contra la casa de Austria, que defendia la causa del catolicismo. Fernando hizo oír amargas quejas á Roma: «La Santa Sede le habia llevado á la guerra, pidiéndole el edicto de restitucion; ahora que la guerra habia estallado, el papa le negaba todo subsidio, todo apoyo; no queria ni siquiera proclamar que la guerra era una guerra de religion, y que era preciso unir todas las fuerzas católicas contra el enemigo comun.» Urbano VIII no se inmutó absolutamente nada por estas recriminaciones, y respondió que la guerra de Alemania era política. La España, más imperiosa, empleó ménos miramientos en la expresion de su mal humor; se presentó un cardenal en nombre de Felipe IV, y se atrevió á protestar públicamente, y en presencia del papa, contra su política. En Madrid se trató al santo padre de hereje. En Roma misma, la opinion pública se pronunció contra él: «En Alemania, se decia, las iglesias y los monasterios se derrumban bajo los golpes de los protestantes, y el papa permanece frio como el hielo; Gustavo Adolfo tiene más celo por su

(1) «*Che a Sua Santità sia dispiaciuta la morte del re di Svezia, e che piugoda, ó per dir meglio, manco tema i progressi de' protestanti che degli Austriaei.*» (RANKE, *Fürsten und Völker von Süd-Europa*, t. IV, P. 2.^a, p. 214.)

(2) KHEVENHILLER, *Annales Ferdinandei* (t. X, p. 623).

herejía que el jefe de la Iglesia por la verdadera fe» (1). La voz del pueblo era la verdadera voz de la Iglesia. ¿Qué hubiera dicho Pío V, el papa canonizado, si hubiese visto á uno de sus sucesores hacer pactos con los herejes contra el defensor del catolicismo? Los Papas de la reaccion creian volver el mundo cristiano á la Edad Media, y el mundo se les marchaba de las manos y se hacía político. ¡Y este irresistible movimiento arrastraba á la misma córte de Roma!

El Pontificado obedecía, sin saberlo, á una tendencia general. Era aquella una época de disolucion y de renovacion. Las ideas religiosas y políticas que reinaban en la Edad Media dejaban el campo á las ideas nuevas; las creencias mismas se trasformaban. Lo que caracteriza esencialmente la cristiandad de la Edad Media es la unidad. La unidad era una manifestacion de las creencias religiosas. Puesto que esta unidad se rompe, esto es señal de que las creencias se han modificado. El catolicismo tradicional es vencido; en vano protesta; su misma protesta acusa su decadencia, porque resuena en el desierto. El que el catolicismo quede vencido no quiere decir que el protestantismo quede vencedor. El partido protestante, lo mismo que el partido católico, se descompone; la ortodoxia luterana sucumbe en Osnabrück al mismo tiempo que la Iglesia católica; el luteranismo se ve obligado á sufrir á los calvinistas, lo mismo que Roma tiene que sufrir la Reforma. Una nueva religion se prepara.

(1) RANKE, *Fürsten und Völker*, t. III, p. 559, 560; t. IV, 2, p. 182.

CAPITULO III.

LOS JESUITAS.

§ I.—Mision de los Jesuitas.

No hay en el catolicismo una institucion que haya suscitado un odio tan ardiente como la Compañía de Jesus; tampoco la hay que haya inspirado un amor más ilimitado. Miétras el nombre de Loyola y de sus discípulos ha llegado á ser una injuria para los unos, los otros ven en ellos las columnas de la Iglesia. Atacada con furor en un siglo anti-cristiano, abolida por el jefe de la cristiandad, la órden se ha restablecido en los momentos mismos en que se inaugura la reaccion del catolicismo contra el espíritu revolucionario. Es decir, que el destino de los jesuitas se confunde con el de la religion católica. Son por su esencia un instrumento de la Iglesia contra todas las tendencias hostiles al catolicismo. Colocándose en este punto de vista, la Historia puede hacerles justicia. Los vicios que se les censuran se explican por el papel mismo que tienen que desempeñar; lo que es un defecto á los ojos de un libre pensador, es casi una virtud para el hombre del pasado. Ahora bien, los jesuitas son los hombres del pasado; tratan de conciliar una religion inmutable, nacida hace dos mil años, con una sociedad cuyos instintos, cuyos gustos y cuyas necesidades están en oposicion con la doctrina religiosa que se le quiere imponer. De aquí mil contradicciones que se deben á la fuerza de las cosas y que sería injusto imputar á los hombres. Para apreciar á los jesuitas, es menester, pues, ver ante todo cuál